

§ III.—Los filósofos franceses y la religión.

N.º 1.—*El deísmo inglés y la filosofía francesa.*

I

¿De dónde procede la filosofía del siglo XVIII? Á esta pregunta responden los adversarios de los filósofos: "Los incrédulos franceses, y entre ellos los notables del siglo actual, no han sido más que simples plagiarios de los ingleses," (1). Y llegan hasta fijar la época de la importación, como si se tratase de alguna mercancía de contrabando: "Eso se hizo, dicen, en tiempo del regente. Mientras que vivió Luis XIV, apenas eran conocidos en Francia los escritos de los libres pensadores ingleses que combatían al cristianismo en nombre de la razón. Pero después de la muerte de aquel rey, la licencia del pensamiento marchó á la par que la licencia de las costumbres; las obras de los deístas ingleses inundaron la Francia. No había maestro de escuela que no tuviese la pretensión de ser despreocupado y libre pensador. Los franceses han nacido novelescos, dice uno de sus poetas; estaba de moda la incredulidad, y se entregaron á ella con pasión. Los hombres de talento, los literatos, la dieron el atractivo de las formas, y todo el mundo quiso ser filósofo á la manera de los pensadores ingleses. De aquí el veneno de la impiedad que cundió por todas las clases sociales," (2).

Los amantes de la libertad de pensar deben acoger con desconfianza esa especie de acusación contra la filosofía del siglo XVIII, porque procede del campo enemigo. Los testimonios que acabamos de invocar son del cardenal Fleury y del abate Bergier, el primero poco amigo de los filósofos, el segundo su declarado adversario. Hacer pasar á Voltaire por un plagiario y á la filosofía del último siglo por una moda caprichosa del tiempo de la Regencia era una táctica muy buena; mas precisamente por eso diremos nosotros que el ayudar á propagar esa preocupación ó esa calumnia de los católicos sería hacerse reo de complicidad, y eso

(1) BERGIER, *Dictionnaire de théologie*, Introduction, § 9, en la palabra *Incrédulos*.

(2) Véanse los extractos de las *Memorias manuscritas del cardenal FLEURY*, en SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. 1, p. 523.

es lo que ha hecho un historiador de los *libres pensadores*, según el cual, los escritores más distinguidos del último siglo, los que han merecido el título de filósofos, no tienen más que una reputación prestada, debiéndolo todo á los deístas ingleses. Voltaire no hizo más que dar el encanto de su estilo á las ideas que copiaba de Bolingbroke y de Shaftesbury (1). Y ¡cosa singular! Voltaire mismo declara á cada instante esa filiación, y hasta se muestra orgulloso de ello: vamos á oírle á él mismo.

Escribiendo á Helvetius, decía Voltaire: "No estamos hechos en Francia para llegar los primeros; las verdades nos han venido de otra parte. Pero no es poco el aceptarlas," (2). Á su amigo Thirion le escribe: "Hace treinta años que lo venimos tomando todo de los Ingleses: filosofía, máquinas agrícolas, viruelas é impuestos... Me parece que se os quiere quitar á vosotros, los Parisienses, la libertad de pensar que también debéis á los Ingleses," (3). Lo que más interesaba á Voltaire eran la filosofía y la libertad de pensar. Por eso escribía á Marmontel: "Convengo en que la filosofía se ha perfeccionado mucho en este siglo; pero ¿á quién se lo debemos? A los Ingleses, que son los que nos han enseñado á razonar atrevidamente," (4). Bien podríamos multiplicar estas citas, porque Voltaire no se cansaba de repetir esas mismas ideas; pero importa desentrañar su verdadero pensamiento. Se ha censurado su vanidad, que es un defecto de la raza francesa, defecto que se le perdona de buen grado á aquel que, si hacía mal en ser vano, tenía algún motivo para ser orgulloso. Pere esto quiere decir que no tenía la intención de aparecer como un mero copista. Acordémonos que fué uno de los primeros que dió á conocer en Francia á Shakespeare; pero cuando el poeta inglés encontró allí admiradores que querían colocarle sobre Racine y sobre Corneille, Voltaire, personalmente interesado en mantener la superioridad del teatro francés, trató á su gran émulo de saltimbanquis y lo quiso enviar á las ferias. Bien puede inferirse de aquí que Voltaire no hubiera dejado de reclamar contra el cargo de plagiario en materias filosóficas.

Se ha hecho la observación, y es muy fundada,

(1) NOACK, *Die Freidenker in der Religion*, t. II, p. 4.

(2) *Carta á Helvetius*, de 26 de Junio de 1765.

(3) *Carta* de 5 de Mayo de 1759 á Thirion.

(4) *Carta* de 1.º de Noviembre de 1769.

de que Voltaire gustaba de atribuir la invasión de las ideas inglesas en Francia á la época de su residencia en Inglaterra (1). Se vanagloria de haber sido el primero que aprendió la lengua inglesa y el primero que inició á los Franceses en la literatura de aquel país, y sobre todo de haber sido el primero en hacer justicia al gran saber de Locke (2). Hay que oírle á él mismo: "Hay países en que la superstición, igualmente bárbara y cobarde, embrutece la especie humana; hay otros en que el espíritu humano goza de todos sus derechos. Entre esas dos apartadas regiones, la una celeste, la otra infernal, hay un pueblo intermedio en que la filosofía es unas veces acogida y otras proscrita; en el que Rabelais ha sido impreso con privilegio, pero que ha dejado morir de hambre en una aldea extranjera al gran Arnauld; un pueblo que ha vivido en las más densas tinieblas desde el tiempo de sus druidas hasta el tiempo en que algunos rayos de luz salidos de la cabeza de Descartes cayeron sobre él. Después la luz del día le ha venido de Inglaterra. Pero ¿podrá creerse que Locke era apenas conocido de ese pueblo hace treinta años? ¿Querrá creerse que cuando se le dió á conocer la ciencia de ese gran hombre, los ignorantes de uniforme asediaron violentamente al primero que trajo las verdades de la isla de los filósofos al país de las frivolidades?" (3).

Según se ve, la Inglaterra es la isla de los filósofos, la Francia el país de las frivolidades y Voltaire es el primero que comunicó á ese pueblo frívolo las verdades descubiertas por el libre pensamiento. Voltaire aparenta rebajar á la raza francesa ante sus eternos rivales: ¿sería ese su verdadero pensamiento? No; si él celebra la ilustración inglesa, es para encontrar en ella un apoyo y una autoridad; si reprende la frivolidad francesa, es para despertar y estimular la irritable vanidad de sus compatriotas. La filosofía era mal mirada en Francia; se la acusaba de que minaba los fundamentos del altar y del trono. "Quejaos á los verdaderos culpables, contestó Voltaire. La que ha comenzado todo el mal es la fatal filosofía de los Ingleses. Aquellas gentes, bajo pretexto de ser los mejores matemáticos y los mejores físicos de Eu-

ropa, han abusado de su talento hasta el punto de querer examinar los misterios, y el mal se ha extendido por todas partes," (1). Voltaire escribe esto á Helvetius queriéndole animar y excitar para que siga en la buena senda por donde ha entrado. Con ese mismo propósito escribe á La Chalotais, el procurador general que tan cruda guerra hizo á los jesuitas: "Cuando dirijo mi vista á Inglaterra, declaro que soy envidioso. Los Ingleses han sido más imbéciles que nosotros durante largo tiempo, es verdad; pero ved cómo se han corregido: ya no tienen frailes ni conventos, pero en cambio tienen escuadras victoriosas; su clero hace buenos libros y mejores hijos; sus labradores han hecho fértiles tierras que no lo eran antes; su comercio abraza al mundo entero, y sus filósofos han enseñado verdades que ni siquiera sospechábamos," (2). Á pesar de lo celoso que se muestra Voltaire de los Ingleses, espera, sin embargo, que, merced á sus esfuerzos, han de rivalizar con ellos los Franceses: "En vano será cuanto se haga; en Francia sucederá, entre las personas decentes, lo que ha sucedido en Inglaterra; nosotros hemos tomado de los Ingleses el sistema rentístico, los fondos de amortización, la construcción y la maniobra de los buques, la atracción, el cálculo diferencial, la inoculación, y también tomaremos insensiblemente su noble libertad de pensar y su gran desprecio á las fastidiosas fórmulas de escuela. Los jóvenes se van formando (3). Con el tiempo los Welches llegarán á ser Ingleses. ¡Así Dios lo quiera!," (4).

Las preocupaciones seculares no desaparecen tan pronto como se imaginaba Voltaire. En Francia faltaba la libertad política, y esa era la verdadera causa de su inferioridad. Voltaire lo presentía, y en sus momentos de abatimiento exclamaba: "¡Qué pequeños y qué miserables somos en comparación de los Griegos, de los Romanos y de los Ingleses!" (5).—"Los Ingleses son hombres y los Franceses niños. Helvetius, que en su libro *El Espíritu* no ha dicho la vigésima parte de cosas útiles

(1) *Carta á Helvetius*, de 25 de Agosto de 1763 (*Œuvres*, t. LII, página 180).

(2) *Carta á La Chalotais*, de 3 de Noviembre de 1762 (*Œuvres*, tomo I, p. 526).

(3) *Carta á Helvetius*, de 15 de Septiembre de 1763 (*Œuvres*, tomo LII, p. 186).

(4) *Carta* de 12 de Abril de 1744 á la marquesa de Deffand (*Œuvres*, t. LII, p. 339).

(5) *Carta á Marmontel*, de 22 de Abril de 1764 (*Œuvres*, t. LII, página 331).

(1) TABARAUD, *Histoire du philosophisme anglais*, t. II, p. 318.

(2) *Carta á la Academia francesa (Mélanges littéraires)*.

(3) *Petit Commentaire sur l'Éloge du dauphin de France*, por THOMAS (*Misceláneas literarias*, *Œuvres*, t. XLII, p. 360).

y atrevidas que en Inglaterra, se agradecen á Hume y á otros veinte Ingleses, entre nosotros ha sido perseguido y quemado su libro por mano del verdugo, (1). Voltaire quiere que los Franceses lleguen á ser libres como los Ingleses, y excita su amor propio y punza su vanidad y su interés mostrándoles que los Ingleses han llegado á ser poderosos desde que llegaron á ser libres: "El comercio de ideas se ha interrumpido en Francia, y no es permitido enviarlas de Lyon á París: se embargan las manufacturas de la inteligencia humana como géneros prohibidos. ¡Graciosa política la de querer que los hombres sean tontos y la de no hacer consistir la gloria de Francia más que en la ópera cómica! ¿Son menos dichosos los Ingleses, menos ricos y menos victoriosos por haber cultivado la filosofía? Se les ha enseñado á ser tan valientes escribiendo como peleando. Nosotros bailamos mucho mejor que ellos, lo confieso, y es un gran mérito; pero no basta. Locke y Newton bien valen lo que Dupré y Lully, (2).

II

¿Qué es lo que hay de verdad en la opinión de que la filosofía francesa procede de los deístas ingleses? No nos tomaremos el trabajo de responder á los enemigos del siglo XVIII. ¡Plagio aquel inmenso movimiento! Y, aunque eso fuera, ¿qué probaría? También los ortodoxos acusan á Lutero de haber sido un plagiario; no comprenden que, queriendo rebajar á sus adversarios, realzan su causa. Si Lutero y Voltaire no hubiesen tenido precursores, serían los únicos á rebelarse contra la tradición, contra los sentimientos universales de la humanidad, y por grandes que fuesen como personalidades, su aislamiento haría dudar de su misión. Pero si el reformador y el filósofo han tenido una tradición á su favor, dejan de ser insurrectos, para poderse llamar órganos del género humano. Si, es cierto que Voltaire no es el primero que ha hecho la guerra á la Iglesia; pero falta saber si la libertad de pensar procede de Inglaterra. Esto es lo mismo que preguntar si ha habido libres pensadores en Francia antes de ser conocidos los deístas

(1) Carta de 20 de Junio de 1764 á la marquesa de Defland (*Œuvres*, t. LI, p. 397).

(2) Carta de 13 de Enero de 1765 á Élie de Beaumont (*Œuvres*, t. LIII, p. 8).

ingleses, y si es cierto que la filosofía ha sido importada en Francia bajo el detestado gobierno del regente.

¿Será que les defensores de la Iglesia no conocieran ni á Rabelais, ni á Montaigne, ni á Charron, ni á Bodin? (1). Pues nos parece que eran libres pensadores de buena ley. ¿Qué cosa había sagrada para el cura de Meudon? El autor de los *Ensayos* dice que respeta mucho la religión, pero no os fiéis de su bonhomía: el veneno de la duda que va esparciendo es tantó más peligroso cuanto más escondido, de cuyo secreto hace Montaigne la cosa más atractiva del mundo. El libro de Charron, su discípulo, llegó á ser el Evangelio de las personas de gran tono; y aunque el Evangelio no es el del Cristo, ó, por lo menos, el del cristianismo histórico, es el de la moral desnuda del dogma, es decir, el de la religión natural. Bodin es más franco y más agresivo: pone todas las religiones de manifiesto y hace que se combatan mutuamente; de ese modo ataca la revelación, la divinidad de Jesucristo, la eternidad de las penas y los misterios; y ¿quien sale vencedor en esa lucha? Siempre la moral, la religión de la naturaleza. Tales eran los sentimientos que dominaban en las clases ilustradas allá por el siglo XVI. En esa época viajaba por Francia un lord de Inglaterra, el primer escritor inglés que formuló los principios de la religión natural. Y ¿en dónde se inspiró lord Herbert? No fué seguramente en Inglaterra, donde como escritor se encontraba aislado. ¿No es más probable que el viajero filósofo se imbuyese en las creencias que ya entonces eran las de las clases ilustradas en Francia?

Como el deísmo y la religión natural hicieron su primera aparición después de la Reforma, se podría creer que el libre pensamiento tiene sus raíces en la revolución religiosa del siglo XVI. Esta opinión es muy general y se ha sostenido en nuestros mismos días. Un joven escritor que se ha hecho el defensor de la filosofía contra la Iglesia, y que se ha mostrado digno del cargo, Mr. Lanfrey, se ha pronunciado justamente contra la preocupación de que la libertad de pensar procede de Inglaterra y fué de allí exportada, poco más ó menos como de la América el tabaco ó el algodón. Según él, el libre pensamiento es la consecuencia

(1) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

natural, espontánea y necesaria de la Reforma (1). Si con eso se quiere dar á entender que el protestantismo fué un movimiento del libre pensar, es un error y una preocupación á la vez. Lutero reclamaria contra semejante elogio y le parecería un cargo sangriento. ¿Por qué hizo tan cruda guerra á la filosofía? Porque propendía á poner la razón por cima de la fe, y porque apreciaba más la moral de Aristóteles que el Evangelio. El reformador rebajó la razón y ensalzó la fe. Y todavía hizo más Calvino: encendió una hoguera en Génova; y ¿cuál era el delito de Servet? El de todos los filósofos; atacaba á la Trinidad, es decir, la divinidad de Jesucristo, por consecuencia, la revelación. La Reforma, lejos de inaugurar la época del libre pensar, fué una reacción contra la incredulidad introducida hasta en el Vaticano, y aquella incredulidad era parienta muy próxima de la duda de Montesquieu y de la ciencia de Charron.

Las guerras provocadas por la Reforma y las sangrientas luchas entre las confesiones rivales fueron una causa nueva de incredulidad. La indiferencia religiosa nació del cansancio producido por las guerras de religión. En Francia fué tan violenta esa reacción, que los incrédulos formaron en cierto modo escuela, y se les llamaba los *ateos*. No hay que tomar ese ateísmo al pie de la letra; no era más que la negación del Dios de los cristianos, del Dios-Hombre, la negación de una revelación milagrosa; pero se contaban los ateos por millares. El padre Mersena, corresponsal de Descartes, creía que sólo en París había más de cincuenta mil (2). Una incredulidad que debe su origen á la reacción contra las sangrientas querellas de las sectas cristianas no puede ser atribuida á la Reforma, puesto que era tan hostil al protestantismo como á la Iglesia de Roma. A mayor abundamiento, la defección es anterior á la Reforma, y trae su origen de la edad media: hay que remontarse al romance de la *Rosa* y al más antiguo aún de la *Raposa*, donde se encuentran los primeros acentos de la incredulidad; hé ahí los antecesores de Voltaire: son de raza francesa y de buen origen, puesto que son los ungidos del Señor los que se divierten en ridiculizar todos los misterios del catolicismo y los que predicán la ley natural.

(1) LANFREY, *la Iglesia y los filósofos del siglo XVIII*, p. 99.

(2) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

En otro lugar hemos puesto en evidencia este hecho importante (1): fué en pleno catolicismo donde brotó el primer movimiento del libre pensar; y ¡cosa notable! los países católicos han seguido siendo la residencia favorita de los libres pensadores. El Renacimiento es italiano, y sabido es que está acusado de paganismo. El pretendido regreso á la religión de Homero es, en realidad, un regreso á la religión de los filósofos, que se apellida deísmo, religión natural ó filosofía. En el siglo XVI los audaces pensadores que más arriba citamos salieron todos de la Iglesia ortodoxa y muchos de ellos pertenecían al clero: Rabelais era cura; Charron era ministro de la Iglesia; y ¿qué tierra fué la que más alimentó á los más decididos libres pensadores? La tierra del papa. La Italia cuenta entre los filósofos á los ilustres mártires Giordano, Bruno y Vanini. Y nada más natural: el catolicismo lleva, necesaria y fatalmente, á la incredulidad á cuantos no quieren creer los dogmas cristianos por ser absurdos. Una religión que se complace en ir contra la razón la provoca á revelarse. El protestantismo, por el contrario, tal como se ha desarrollado bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas de la humanidad moderna, da satisfacción á un mismo tiempo á la razón y á la necesidad de creer, y desde entonces la razón ya no tiene motivo para insurreccionarse contra la fe.

¿Es esto decir que el deísmo inglés no haya tenido ninguna influencia sobre la filosofía francesa? Para sostener esto sería necesario desmentir á Voltaire; pero importa mucho precisar esa influencia y encerrarla dentro de sus verdaderos límites. Los admiradores más sinceros, lo mismo que los más apasionados de Voltaire, se han hecho una falsa idea. Escuchemos á Condorcet. Voltaire pasó muchos años en Inglaterra: "Cual otro Newton, su espíritu reinaba sobre el de sus compatriotas, á quienes había enseñado que en el estudio de la naturaleza no se puede tener otros guías que la experiencia y el cálculo. Locke, cuya muerte era aún reciente, había sido el primero que había dado una teoría sobre el alma humana fundada en la experiencia, y mostró el camino que era necesario seguir en metafísica para no perderse. La filosofía de Shaftesbury, comentada por Bolingbroke, embellecida con los versos de Pope, había producido en

(1) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

Inglaterra un deísmo que entrañaba una moral fundada en motivos capaces de mover las almas más elevadas, sin ofender á la razón. „El contraste entre Inglaterra y Francia, continúa Condorcet, debía excitar el entusiasmo de un hombre que, como Voltaire, había desde su infancia sacudido el yugo de todas las preocupaciones. El ejemplo de Inglaterra le demostraba que la verdad no se había hecho para estar escondida en manos de algunos filósofos y de un pequeño número de gentes instruidas ó aleccionadas por los mismos filósofos, que se rien con éstos de los errores de que el pueblo es víctima, y de los cuales se hacen defensores siempre que el interés de su posición ó de sus cargos lo exigen, y dispuestos á proscribir y aun á perseguir á sus mismos maestros, cuando éstos se atreven á publicar lo que ellos mismos piensan en secreto,„ (1).

Las ideas que Condorcet presta á Voltaire corresponden al discípulo más bien que al maestro, el cual pertenecía á esa clase de libres pensadores cuya sátira hace el mismo Condorcet, pues sabido es el soberbio desdén con que Voltaire miraba al pueblo, apellidándole *canalla*. Verdad es que era aristócrata de nacimiento, y la Inglaterra no le inspiró amor á la democracia. Lo que no puede negarse es que el espectáculo de la libertad inglesa le había hecho impresión; él mismo nos lo dice (2): „La Inglaterra es un país donde se piensa libremente, sin verse comprimido por ningún temor servil. Si hubiera de seguir mis inclinaciones, allí es donde fijaría mi residencia sin más objeto que el de aprender á pensar.„ Voltaire no tenía necesidad del ejemplo de Inglaterra para pensar libremente; había nacido libre pensador, y antes de saber una palabra del inglés, y joven todavía, había escrito este bello verso en su *Henriada*:

«Et si leurs cours furent justes, ils ont été chrétiens» (a)

Tabaraud, que no se dejaba engañar, descubre el veneno del *tolerantismo* en la *Henriada*; y tiene razón bajo el punto de vista de la ortodoxia, porque la religión que Voltaire celebra desde sus primeros versos es la religión natural (3). Voltaire no

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (*Œuvres de Voltaire*, tomo LXIV, p. 18.)

(2) VOLTAIRE, *Carta* del 12 de Agosto de 1726.

(a) Y si fueron justos sus corazones, cristianos han sido.

(3) TABARAUD, *Historia de la filosofía en Inglaterra*, t. II, página 351.

varió de creencias con su permanencia en Inglaterra; deísta había sido, y deísta volvió. En la tragedia de *Zaira* dice hablando de Orosmanes:

«Généreux, bienfaisant, juste, plein de vertus,
S'il était né chrétien, que serait-il de plus?» (a).

Ved ahí, exclama Tabaraud, el *indiferentismo* puro. Indiferencia respecto á la fe religiosa, cierto que sí; pero no en cuanto á la moral. Los versos de *Zaira* y los de la *Henriada* están inspirados por una misma creencia, la de la religión natural.

Voltaire no tenía necesidad de leer á Locke y á Shaftesbury ni de conversar con Bolingbroke para ser libre pensador; lo era antes de eso. ¿Qué fué lo que causó tan viva impresión en Inglaterra? El que los Ingleses tenían el derecho de pensar libremente, mientras que los Franceses, tan atrevidos filósofos, no podían manifestar sus ideas sino encubiertamente: la Inglaterra era libre, la Francia era esclava. Los deístas ingleses no disfrazaban su pensamiento; hablaban y escribían libérrimamente en virtud de su derecho. En Francia era uno libre pensador con sus amigos y entre cuatro paredes; pero en sociedad tenía que ponerse una máscara, si no de hipocresía, por lo menos de respeto. Los más audaces, como Voltaire, agotaban su ingenio para dar á su pensamiento tal vestidura que no pasase por lo que realmente era, porque lo que en Inglaterra era un derecho, era un crimen en Francia. En ese concepto, el ejemplo de Inglaterra produjo un gran beneficio; y se debe agradecer á Voltaire el haber difundido en Francia, no el libre pensar, sino la convicción de que el hombre tiene derecho para pensar libremente.

Tal es el lado favorable de la anglomania que reinó en Francia y de que fueron Montesquieu y Voltaire órganos más distinguidos. Voltaire escribía en 1754 al abad d'Olivet: „El inglés comienza á ponerse en boga; estoy viendo que hasta los príncipes, todo el mundo quiere entenderle, porque, de todos los idiomas, es el en que se ha pensado más audaz y más fuertemente. *En Inglaterra no se pide permiso á nadie para pensar*. ¿Creeréis que en la ciudad de Colmar, donde resido, hay un antiguo magistrado que á la edad de setenta años se ha puesto á aprender inglés, y que sabe ya lo bastan-

(a) Generoso, bienhechor, justo, lleno de virtudes, ¿qué más sería si hubiera nacido cristiano?

te para leer con gusto los buenos autores?„ (1). Helvetius pone en las nubes la libertad inglesa: „No hay Inglés, dice, que, parapetado con sus leyes, no pueda arrostrar el poder de los grandes, insultar á la ignorancia, á la superstición y á la necesidad. El Inglés ha nacido libre; que se aproveche, pues, de esa libertad para ilustrar al mundo. ¡Ingleses! usad de vuestra libertad, de ese don que distingue al hombre del vil esclavo y del animal doméstico, para que difundáis la luz entre las naciones,„ (2).

Más que los frutos de la libertad era esta misma el precioso beneficio que debía difundirse entre las naciones. Se ha acusado á los filósofos de haber sido los aduladores de los reyes y del despotismo: es una calumnia católica. Ya diremos en otra parte (3) que los filósofos fueron los precursores de la revolución en sus aspiraciones á la libertad política tanto como en su reacción contra una Iglesia enemiga declarada de toda libertad. Por desgracia, el estado de la Francia hacía imposible la reforma regular y pacífica. En Inglaterra, la libertad política precedió á la libertad de pensar: es una tradición de raza que trae su origen de la oscura noche de la edad media. Cuando vino la Reforma, y tras ella la aurora del libre pensamiento, los Ingleses estaban preparados para ejercitar la libertad; y hé ahí por qué allí el libre pensamiento no revistió formas subversivas y revolucionarias: el ejercicio de un derecho no puede conturbar á la sociedad. No fué así en Francia, donde, en vez de un gobierno libre, se organizó el despotismo, hasta el extremo de que Luis XIV pudiese decir, el Estado soy yo; y, en efecto, su gobierno era el de los Césares. Sabido es lo que hizo el gran rey de la libertad religiosa que un solemne edicto garantizaba á los protestantes. Pero al aplaudir la Francia católica la revocación del edicto de Nantes, no comprendía que lo que elogiaba era su servidumbre. ¿Cómo había de haber un pensamiento libre donde la conciencia era esclava! Ciertamente es que aun en tiempo de Luis XIV hubo libres pensadores; pero se veían obligados á ocultarse. ¡Ocultarse para pensar libremente! ¡Qué monstruosidad! Ese estado de opresión debía conducir á resultados funestos. La li-

bertad de pensar vino á ser una especie de conspiración que se fraguaba en la sombra: prohibida y perseguida, se irritó y traspasó los límites de la libertad, arrojándose en brazos de la licencia.

Ahora se comprenderán las tendencias y los destinos diversos del deísmo inglés y de la filosofía francesa. Los deístas no son enemigos de la religión ni siquiera del cristianismo; como que proceden de la Reforma, al examinar las bases del cristianismo, hicieron lo que antes que ellos habían hecho las sectas cristianas. Por eso no ocultan su bandera, sino que la ostentan en alto y con firmeza. Los ortodoxos los acusan y los deístas replican; es una discusión entablada en nombre y con las armas de la razón, discusión que ha llegado á hacer raciocinador el cristianismo, pudiéndose ya llamarse cristiano sin tener que abdicar de su razón. Si Locke es cristiano, lo son también los deístas y lo son los unitarios. De esta manera se prepara lentamente el concierto entre la razón y la fe, puesto que ésta se hace cada vez más razonable. Pero las cosas no podían pasar en Francia de ese modo; los reformados no conservaron allí ni siquiera la tolerancia que los tratados les garantizaban; no había más que una religión, y todo el mundo estaba convencido de que no podía haber otra. No faltaban libres pensadores, pero les estaba prohibido manifestar sus ideas, puesto que se hacían criminales al usar de un derecho que Dios ha dado á todas sus criaturas, ó, mejor dicho, al cumplir un deber que Dios impone á todo ser dotado de razón y de conciencia. La rebelión contra ese abuso de la fuerza era inevitable. Los filósofos atacaron toda clase de religión, porque se les decía que el catolicismo era la religión por esencia, y la atacaron, no con las armas de la razón, cuyo uso era para ellos un crimen, sino con las armas del ridículo, arma terrible en el seno de un pueblo que se distingue por la imaginación y el talento. Los excesos fueron inevitables; pero ¿á quién hay que imputárselos, á los tiranos ó á las víctimas de la tiranía?

Á pesar de sus excesos, la filosofía del siglo XVIII tiene su razón de ser y su justificación. Así en el deísmo inglés como en el protestantismo avanzado hay algo que es ilógico y poco franco; los deístas y los protestantes continúan llamándose cristianos, aun cuando no conservan nada del cristianismo histórico; cada cual se hace un cristianismo á su manera y llama cristianas á las creencias

(1) *Carta* de 26 de Marzo de 1754 (*Œuvres*, t. XLIX, p. 107).

(2) HELVETIUS, *del Hombre*, sección II, c. XIX.

(3) Véase la parte décimatercia de mis *Estudios*.

que ha recibido del movimiento progresivo de la humanidad mucho más que de Jesucristo. Ciertamente es que esto favorece el tránsito del cristianismo tradicional a una nueva religión, lo cual es una gran ventaja, porque se conserva el espíritu religioso transformándose. Esa transición es difícil en los países católicos, donde con frecuencia la incredulidad absoluta ocupa el puesto de la superstición. Sin embargo, la filosofía francesa no es, como se cree generalmente, una pura negación y una obra sólo de destrucción; también entraña elementos de porvenir; aun cuando demuele, construye, y siempre procede de una manera franca y resuelta. Los filósofos del siglo anterior no transigen con la superstición, como muchas veces se hace en los países protestantes: aquéllos no aceptan nada de lo que la razón rechaza; pero el racionalismo tampoco excluye la fe en las grandes verdades de la religión. En definitiva, lo mismo en el catolicismo que en el protestantismo se verifica el mismo trabajo bajo formas diferentes, y se camina al mismo fin, a la renovación religiosa de la sociedad. Los procedimientos son los que varían; ellos están marcados de antemano, y la voluntad del hombre entra por poco; se encuentra en una situación dada que él no ha preparado, pero a la cual debe someterse sin embargo. Esto no excluye su responsabilidad, pero no es responsable desde su punto de partida, lo cual no hay que perder de vista cuando se trata de ajuiciar a los filósofos del siglo XVIII; su incredulidad era fatal, y el responsable de ella es el catolicismo, no la filosofía.

N.º 1.—*Los espiritualistas.*

a. *Voltaire* (1).

I

Voltaire escribía al príncipe de Gallitzin, embajador de Rusia en la corte de Versalles: "Desde hace quince años se ha verificado una revolución en los ánimos que formará época. *Los clamores de los pedantes anuncian este gran cambio, así como los de los cuervos anuncian el buen tiempo*" (2). ¿Quién ha determinado esa feliz revolución y en qué con-

(1) *Obras de Voltaire*, edición Renouard.

(2) Carta de 16 de Agosto de 1767 (*Obras*, t. LIV, p. 249).

siste? Ha hecho pedazos las cadenas de la superstición, y son los filósofos, y a la cabeza de ellos Voltaire, los libertadores de la humanidad. Los graznidos de las aves nocturnas no han cesado; al contrario, se han redoblado en nuestros días, época de vergonzosa reacción; mas para hacerse escuchar, necesitan las tinieblas de la ignorancia: la luz de la razón les espanta y los hace huir hacia sus sombrías moradas. Esos buhos, ¿anuncian también el buen tiempo, como los cuervos de que habla Voltaire? Por lo menos revelan la grandeza del hombre contra el cual se dirigen tan furiosos graznidos. Cuando Voltaire es combatido, se puede estar seguro de que la guerra se declara a la razón humana por sus eternos enemigos, los hombres del pasado, que echan de menos los dichosos tiempos en que la Iglesia dominaba sobre el mundo en nombre de un dogma que se llamaba divino. ¡Vana tentativa é inútiles lamentos! Las religiones muertas no resucitan: es un milagro tan imposible como aquellos en que se apoya la revelación cristiana. Las cadenas que entraban el libre pensar se han roto, y la humanidad agradecida saludará siempre con sus aclamaciones al genio extraordinario que, más que otro alguno, contribuyó a emanciparla.

Nada más estúpido que la reacción del pasado contra el porvenir. Oigamos a los defensores de la Iglesia; basta escuchar sus furiosos aullidos para formar juicio de ellos y del hombre a quien arrastran por el lodo. Un honrado sacerdote a quien la revolución trastornó la cabeza, se queja de Voltaire en estos términos: "Setenta años de blasfemias, dice Barruel, de sofismas, de sarcasmos, de mentiras, de odio contra el Cristo y contra todos sus santos, han hecho de Voltaire el corifeo de los impíos del siglo. Jamás el abuso de un gran talento sirvió más eficazmente a la irreligión, y no ha habido hombre que vertiese con tanta arte el veneno de los errores y de los vicios, ni que más sembrase de flores los caminos de la mentira y de la corrupción, ni que haya seducido a la juventud con tantos prestigios, ni que haya hecho tantos apóstatas, ni que haya ocasionado tantas pérdidas ni hecho verter tantas lágrimas a la Iglesia. Su pluma era la espada del *Mahoma del Occidente*" (1). El abate Barruel no comprende que, queriendo increpar a

(1) BARRUEL, *Historia del clero durante la revolución francesa*, p. 82.

Voltaire, lo ensalza. ¿No es Mahoma el fundador de una poderosa religión que en una gran parte del Oriente acabó con el imperio del cristianismo? Si Voltaire es el *Mahoma del Occidente*, es también un fundador de religión. Y, en efecto, ha fundado una religión nueva que se llama humanidad, y cuyo primer dogma es la tolerancia, mientras que el cristianismo tradicional, por confesión de Bossuet, el último Padre de la Iglesia, hacia de la intolerancia un derecho y un deber, de tal forma que la libertad de pensar era una herejía. ¿Cuál es la religión que practicamos en el día, la de Bossuet ó la de Voltaire? La libertad de pensar está consignada en nuestras constituciones, y la intolerancia es ya un crimen.

Cuanto más prospera la reacción del catolicismo más desatentada se muestra. El abate Barruel era, por lo menos, un hombre sinceramente religioso, mientras que con dificultad puede decirse que es la religión la que inspira al fogoso de Maistre: es este el tipo de los que hoy se llaman conservadores; pero los conservadores católicos, si se les dejase hacer, serían los más terribles revolucionarios, porque nos harían retroceder a la edad media, y lo harían por medio de la violencia. Se concibe bien que el siglo XVIII les estorba y se les atraviesa en su camino: de ahí su santo furor contra él; y en vez de combatir con la razón a los que con la razón han vencido al cristianismo tradicional, no emplean contra ellos más que injurias é impotentes anatemas. El conde de Maistre admira a Voltaire, pero es para deprimirle con mayor seguridad: "Indeciso, dice, entre la admiración y el horror, alguna vez querría levantarle una estatua por mano del verdugo" (1). "Un solo hombre a quien el infierno había dado sus poderes se presentó en la arena; jamás había sido manejada de una manera más tremenda el arma del gracejo y de la sátira, y nunca se la empleó contra la verdad con más descafo y con tanto éxito. Hasta Voltaire, la blasfemia, cohibida por el mismo disgusto que causaba, no daba muerte más que al blasfemador; pero en la boca del más culpable de los hombres, haciéndose encantadora, llegó a ser contagiosa" (2). Un folletínista, a quien no se le puede negar talento para injuriar, ha tomado en nuestros días el

(1) DE MAISTRE, *Veladas de San Petersburgo*.

(2) DE MAISTRE, *del Papa*, conclusión.

asunto a su cargo. Y si hemos de creer a M. Veullot, Voltaire fué uno de los ángeles caídos y que mandan en el infierno católico, de los que cayeron por su orgullo para corromper a los hombres con su impureza. Y en esta parte, el escritor francés, no sólo es el terrible atalid, sino el órgano más franco de su partido, razón por la cual merece que le oigamos: "El orgullo y la impureza caracterizan al siglo XVIII, a quien ha dado nombre el escritor cuyo talento enardecieron aquellas pasiones, y con razón se le llama el *siglo de Voltaire*. Ningún otro siglo ha sido bautizado con el nombre de un literato, pero tampoco ningún otro ha extraviado y manchado más la conciencia humana; jamás la conjuración de las maldades que en todo tiempo se arman contra la ley del Cristo ha sido más general, más pérfida y se ha visto más victoriosa. Lutero combatió a brazo partido lo que él quería destruir; y todavía dejó, ó, al menos, creyó dejar alguna cosa a Jesucristo y al pudor. Voltaire no ha respetado nada... La obscenidad era su arma favorita, y ha saturado de su veneno una literatura que era la del mundo civilizado. Aquellos sofismas perniciosos que tanto chocan a nuestros sectarios, aquella imbecil irrisión en donde se refugian obstinadamente tantas almas contra la verdad y contra la salvación, aquella depravación casi universal de las letras y de las artes, todo eso era la savia de Voltaire, el cual reunió, y, por decirlo así, disciplinó todos los principios del mal, formando con ellos un ejército permanente y dándoles una táctica con la cual vencieron. Y la victoria del orgullo y de la impureza fué completa" (1).

Se queda uno confundido al ver tanta audacia y tanta ignorancia, y se pregunta qué vendría a ser la verdad histórica si alguna vez la Iglesia llegase a triunfar de la libertad de pensamiento. ¿Lutero y Voltaire ángeles de orgullo y de impureza! ¿Ignoran los católicos que el orgullo y la impureza estaban entronizados en el Vaticano cuando Lutero visitó la capital de la cristiandad? ¿Ignoran que la incredulidad se sentaba en el trono de San Pedro cuando el monje sajón se rebeló contra Roma? ¿Son los católicos los únicos que no han de saber que el reformador salvó al cristianismo, y que si todavía hay en el mundo algo de fe se le debe a él?

(1) VEULLOT, *Misceláneas*, t. VI, p. 520.